loco de perder el cielo por una miserable vida que deberé pasar entre angustias y dolores."

"Confuso Fazamburo, nada replicó á estas palabras; pero acercándose en su lugar, un caballero gentil, á Luis, le hizo mil ofertas de honores y riquezas, solamente con que renunciara á Cristo, y quisiese ofrecer incienso de nuevo á las falsas deidades del Japon. Mas aquel intrépido angelito, esforzado con la victoria que acababa de adquirir, despreció todas aquellas lisonjeras promesas, reconviniéndole, por último, su audacia, diciéndole: "Corre tú á postrarte delante de la ara de tus ídolos; vale que ellos no podrán por esto librarte del infierno, donde cuando mueras caerá ciertamente tu alma, si abandonados tus errores, no abrazares presto la fé de Jesucristo, en la que solamente hay salvacion." Avergonzado con esto el gentil, se apartó de su lado, no sin asombro de cuantos se hallaban presentes y del mismo Fazamburo, quien por último, al frente de los soldados que custodiaban á los mártires, partió para Nangoya, donde llegaron el 2 de Febrero."

Si lo recuerda el lector, ya hemos referido, que puntualmente en esta populosa y rica ciudad, brillante con toda la magnificencia japona, entraron los franciscanos Pedro Bautista, Bartolomé Ruiz, Gonzalo García y Francisco de la Parrilla en 1593, como embajadores de Luzon á Taicosama, recibidos solamente por este, y concluida despues la paz, sumamente honrados por toda la corte; por cuyo motivo, siendo tan conocidos, bien puede imajinarse la sorpresa que causaria su vista en todos los cristianos y gentiles. Pero en obsequio de la brevedad, lo pasaremos en silencio, reduciéndonos á observar, que los franciscanos entraron allí de un modo triunfante, predicando siempre la fé del Nazareno entre el llanto de innumerables cristianos y tambien de muchos paganos, ocho de los cuales, movidos interiormente del Espíritu de Dios, se convirtieron al cristianismo, alegrando de esta manera las indecibles penas de esos valerosos misioneros. Estos, en fin, dejando á Nangoya, prosiguieron su camino á Sucazaqui en la provincia de Figen, á donde llegaron quebrantados de fatiga, agotadas sus fuerzas, casi muertos de frio. Sin embargo, á otro dia, 3 de Febrero, siguieron de nuevo su camino, que quisieron hacer á pié hasta Zanunqui, lugar á una jornada de Nagasachi, al que llegaron siempre alegres por las nuevas conquistas de la fé de Jesucristo."

CAPITULO XXIII.

La prision de Fray Juan el Pobre.

Al llegar, pues, los 26 sentenciados á Zonunqui al medio dia del 4 de Febrero, prosiguieron su viaje á Conoqui, ciudad de la provincia de Omura, á ocho ó nueve leguas de Nagasachi, regocijados no poco por la presencia de dos padres de la Compañía de Jesus, Francisco Paz y Juan Rodriguez, venidos de la misma Nagasachi á prestarles su ayuda espiritual. Pero habiéndose adelantado á ella Fazamburo, no solo no les permitieron los soldados celebrar misa y confesar á los mártires, sino con mucha dificultad y despues de muchos ruegos é instancias, apenas consintieron acercarse un poco á ellos y abrazarlos á nombre de sus coreligiosos, y de parte del Obispo Pedro Martinez, y dar á todos, especialmente á San Pedro Bautista y á los demás franciscanos, la última bendicion. Y entonces se verificó una edificantísima escena, que dió á conocer bastante cuánta era la virtud y heróica caridad de aquellos valerosos soldados de la fé; porque, abrazados Pedro Rodriguez, jesuita, y el franciscano Pedro Bautista, se dieron el ósculo de la paz en señal de fraternal amor y pidiéndose mútuamente perdon á nombre de sus respectivos hermanos, de los lijeros sentimientos nacidos entre ellos en los años anteriores en aquella viña del Señor; despues de lo cual, separándose llorando, y contentos al mismo tiempo por el santo vínculo de la caridad fraterna renovado en aquel solemne momento, víspera de su última batalla, á la que seguiria la gloria del cielo, Francisco Paz y Juan Rodriguez, despidiéndose de los mártires, volvieron prestamente á Nagasachi con el fin de obtener licencia de Fazamburo de poder, segun las promesas que les habia hecho, administrarles, á lo menos en dicha ciudad, la sagrada comunion en el santo sacrificio de la misa, y auxiliarlos por último en la hora de la agonía.

Partidos que fueron los dos dichos jesuitas, siguieron los mártires su

doloroso viaje; pero llegando á poco á orillas del mar, fueron embarcados en una nave, tomando tierra el mismo dia despues de una breve aunque penosísima navegacion á Toquizú, puerto distante tres leguas de Nagasachi en las costas meridionales del reino de Figen. Allí fué donde el santo comisario Pedro Bautista, casi moribundo por las penas padecidas, no pudiendo con todo, olvidar al dulce compañero de sus fatigas, el venerable anciano P. Bartolomé Ruiz, con quien habia venido al Japon, y entonces, como se ha dicho, se hallaba custodiado por tropa en una nave en el puerto de Nagasachi junto con sus compañeros Agustin Rodriguez y Marcelo de Ribadeneira, le dirijió una tierna y edificantísima carta, la última que escribió durante el viaje al lugar de su martirio, del tenor siguiente:

"Jesucristo sea con vosotros. Carísimo hermano mio: ¿Cómo podré tributaros los debidos agradecimientos por las muchas cosas que no habeis dejado de hacer en mi provecho espiritual? ¿Cómo espresaros la abundancia de santos afectos de que en este momento abunda mi alma, cuando camino junto con mis compañeros á la muerte de cruz? Hácia á ella, sin embargo, marchamos muy voluntariamente por amor de Jesus Nuestro Redentor. ¡Oh! como muestra del amor que os profeso, quisiera daros parte de mi mismo corazon; pero no siendo esto posible, recibid en su lugar mi voluntad, que no es otra, sino que vivais siempre dentro de las llagas del Salvador, última memoria de vuestro Padre condenado á muerte. Ya esta sentencia pronunciada contra nosotros debe seros conocida en todos sus pormenores, por lo que la omito. ¿Pues, qué os diré, en vez suya en esta mi última carta, en la cual, si me fuera permitido, quisiera enviaros toda mi alma, ¡oh dulce y amoroso compañero de mi vida! Verdaderamente lo ignoro, mi Bartolomé, como no sea rogaros que nos ayudeis con vuestras oraciones para terminar este doloroso viaje pacientemente y con entera resignacion de espíritu. Bien considero que vos, así como todos mis demas hijos, envidiais grandemente la buena fortuna de morir por Cristo; pero deponed el sentimiento, y animaos, porque ciertamente tambien para vosotros está siempre espedito el camino que conduce al martirio, que no se os concede ahora hacer en nuestra compañía; es de toda necesidad remitirse á los consejos admirables de la Providencia, sobre los cuales se cumplen

á la letra, en mi juicio, las palabras del profeta Isaías: *cogitationes meæ, non sunt sicut cogitationes vestræ.*"

"Si Dios os concede volver á Manila, saludadme afectuosamente á todos nuestros hermanos de la provincia de San Gregorio, con particularidad á mi amadísimo hermano P. Pablo de Jesus, dándole de mi parte muchas gracias por su bondad de haberme mandado á estas tierras, cuando tenia el oficio de ministro provincial en las Filipinas. Tambien dareis por mí, iguales memorias al bendito P. Fr. Vicente Valerio, al P. Olivarez, al P. Romero, al P. Juan Clemente, á Fr. Agustin de Tordesillas, á Fr. P. Matías, á mi carísimo hijo Fr. Francisco de la Soledad, y últimamente á todos los demas, que por brevedad dejo de nombrar, porque á todos, sin escepcion, doy mi última bendicion, y en este momento me encomiendo con toda mi alma. ¡Oh sí! ruegen por mí, á Dios Nuestro Señor, no omitiendo este oficio de caridad fraterna, hasta que no haya volado al cielo, donde no dejaré de agradecerlo, pidiendo sin cesar á mi vez por ellos ante el trono del Altísimo. Adios, repito, hermano mio: recibid tambien las memorias y la última despedida de parte de mis compañeros, que os abrazan en espíritu, lo mismo que á Fr. Marcelo y á Fr. Agustin, y conservaos buenos.—De este camino para Nagasachi. —*Fr. Pedro Bautista*, comisario."

Despachada de Toquizú esta carta, que llevó el bálsamo del consuelo al corazon del venerable padre Bartolomé Ruiz y su compañero, San P. Bautista, con los demas mártires, siguió el viaje por tierra, caminando á pié aun de noche hasta Uracami, ciudad á una legua de Nagasachi, en la que deteniéndose hallaron allí nuevamente al P. Juan Rodriguez de vuelta de esa ciudad, quien les informó que Fazamburo habia mudado de parecer en cuanto á la promesa de recibir los sacramentos de la Iglesia, porque con este objeto habia hecho antes disponer una casa: con todo, muy asustado de la grande universal conmocion de la ciudad y tambien por lo mucho que crecia el murmullo de los portugueses y españoles residentes allí en gran número, especialmente de Castilla, habia resulto ejecutar la sentencia de muerte el miércoles siguiente y muy á la madrugada, con el fin de impedir cualquier tumulto. Oído esto por los mártires, no se desanimaron, sino confiados en aquel Dios que penetra lo mas profundo del corazon humano, dieron gracias al buen padre

por la caridad usada con ellos, deteniéndose en su compañía toda la noche en santas pláticas, hasta que al rasgar la aurora del dia 5 de Febrero, prosiguieron su viaje á la vista ya del lugar de su suplicio, fijos siempre los ojos al cielo, feliz término de sus suspiros y premio igualmente de tantas penas, tantas fatigas y lágrimas derramadas en pró de la fé y enjugadas en los párpados de tantos hijos de la dicha. Mas aquí nos conviene dejar de nuevo á los veintiseis aprisionados, en las inmediaciones de Nagasachi, para instruir al piadoso lector de otro edificante episodio que se encadena con nuestra historia, y se refiere á uno de los compañeros de los franciscanos, es decir al venerable Fr. Juan el Pobre, ó sea de Zamora.

Recuérdese, que lo dejamos en Osaca, en compañía de D. Matías Landecho, capitan de la nao de San Felipe, naufragada en el puerto de Tosa, y del P. Diego de Guevara, agustino, y otros españoles que allí se habian dirijido con el intento de rescatar sus haciendas, secuestradas traidoramente por el virey de Urando. Ahora diremos, que, habiendo sido inútiles todas sus tentativas, sin que se les bubiese concedido á los miserables españoles otra cosa que regresar á Nagasachi, para de allí retornar á Manila en cualquiera embarcacion; no tuvo ánimo el buen hermano de abandonarlos en tan dilatado viaje, por lo cual los acompañó de nuevo, decididos siempre en su corazon á reunirse, cuando pudiera, á Pedro Bautista y á los restantes sentenciados ya á muerte de cruz. Con tales intenciones, llegado á Nagasachi, despues de infinitos trabajos y peligros padecidos en mar y tierra, y sabedor de la prision de los tres religiosos, Bartolomé Ruiz, Marcelo de Rivadeneira y Agustin Rodriguez, se entregó Fr. Juan á un deshecho llanto, no pudiéndolo consolar los amables cuidados de los españoles, especialmente del alférez Pedro Cotelo y el portugués Antonio Garcés, que siempre le profesaron un afecto mas que fraterno. "¡Ay, miserable de mí! esclamaba continuamente el pobre lego, ¿qué haré yo en esta tierra sin mis amados hermanos? ¡Oh, si á lo menos me fuera concedido dar la vida con ellos!" Y dirigiéndose en seguida á la orilla del mar, empleaba toda clase de arbitrios para ser reconocido de sus santos compañeros; pero lejos de conseguirlo, tuvo á gran fortuna de no caer en mano de los soldados. Y habiendo á escusas de todos, huídose de Nagasachi, se

mantuvo oculto por montes y cuevas, saliendo de allí siempre que sentia rumor de gente, para saber cuándo llegarian sus hermanos; y no viendo ni llegando á saber lo que solicitaba, se escondia de nuevo en alguna cueva emboscada, padeciendo frio, sed, hambre, desnudez; llenando continuamente el aire de prolongados gemidos, llamando á voces, ya á Pedro Bautista, ya á Martin, ahora tambien á Gonzalo, Felipe y Francisco, á Marcelo, Bartolomé y Agustin.

Y por cierto, cuán sublime debia haber sido, aún á los ángeles del cielo, el espectáculo de ese pobre hijo de San Francisco de Asís, solo y errante en extrangera tierra, que asomando de vez en cuando la triste frente desde un escondrijo, escuchaba, cual perdida oveja, si llegaba el pastor á recojerlo en el rebaño de sus hermanos, con quienes habia prometido vivir y morir por amor de Cristo. ¡Cuántas fatigas, cuántas penas y tribulaciones no habia sufrido! ¡á cuántos padecimientos y dolores no se habia expuesto, aunque siempre inútilmente, para ser mártir de Jesucristo! Muchas veces, en tantas correrías con los desgraciados españoles, de Urando á Osaca, de Osaca á Meaco, de Meaco á Nagasachi, fué encontrando por los esbirros de Taicosama, que al mismo tiempo que aprisionaban á sus amados hermanos, lo dejaban á él solo libre, entregado al duelo y al llanto. Parecia, ciertamente, que la muerte huia siempre de sus ojos, para atormentar mas su corazon. ¡Inescrutables juicios de Dios! que en aquel mismo momento que negaba la palma de los mártires á Fr. Juan, que por dos ocasiones habia estado en el Japon, la donaba á Felipe de Jesus, jóven, y el último llegado á aquellas tierras; y mientras se concedia esa misma gracia á Francisco Fahelante y á Pedro Suquezi, quedaban privados de ella otros cien cristianos, no obstante que mil veces habrian intentado unirse á los mártires, aguzando, por decirlo así, para conseguirla, la ferocidad de los soldados y la rábia de los gentiles.

Finalmente, despues de tantas ánsias, penas y tormentos, pareció á Fr. Juan oír un fuerte estrépito de armas y soldados, un galopar de caballos, un rechinido de carros y un prolongado clamor de voces, de suspiros y gemidos. Entonces, dando un grande grito, y presentándose en el camino público, descubrió á poca distancia á sus amados hermanos, que caminando por parejas á pié, atadas las manos á la espalda, desmayados de fatiga, agotadas sus fuerzas, tiritando de frio, pálidos, en-

flaquecidos y moribundos, y con todo, alegres en el semblante y cantando himnos al Señor, marchaban lentamente por entre filas de soldados de todas armas al lugar del martirio. No corre tan violento el ciervo á apagar su sed en una pura y clara fuente, ni una tierna madre á salvar la vida del hijo que está para caer en un precipicio, como Juan el Pobre voló sin tardanza á abrazar á sus amados hermanos. Pero á pocos pasos se encontró con Fazamburo, que venia á caballo delante de todos, que, conteniéndolo, y preguntándole: "¿Quién eres tú, y con qué fin te presentas aquí?" le dió la siguiente animosa respuesta: "Yo soy fraile de San Francisco, y vengo á reunirme con mis hermanos." Pues qué, le contestó, "¿no veis, hombre nécio, que dentro de poco deben morir á mis manos?" A lo que le replicó el franciscano: "Ya lo veo, y esto es puntualmente á lo que yo aspiro, á morir con ellos, habiendo sido su compañero en la predicacion del Santo Evangelio." "Ya lo veo, añadió Fazamburo, que tú eres de su número, y con todo, no morirás." "¿Qué decís? le opuso Fr. Juan, ¿cómo no moriré? ¿pues por qué conduces á la muerte á mis hermanos? Si reputas delito la predicacion de la religion de Cristo, yo tambien soy reo, siendo predicador, aunque indigno de la fé de mi Jesus. Por lo mismo, á mí me toca igualmente morir crucificado; de lo contrario, deberá llamarse Taicosama sobre nécio, impío, prohibiéndome dar la vida por Cristo, cuando mis hermanos, reos conmigo de un mismo delito, son conducidos á muerte de cruz." A estas últimas palabras, conmovido últimamente Fazamburo de tanto arrojo, contestóle de nuevo: "Bastante razon tienes de lamentarte, mas sin embargo, no me es lícito quitarte la vida, puesto que tu nombre no aparece en el número de los condenados." A tal escusa, replicó francamente Fr. Juan: "Esto nada importa, cuando de todos soy conocido por cristiano y franciscano; pero si no hallarse mi nombre en lista con los de mis hermanos, me impide ser reunido á ellos, yo, yo mismo lo escribiré, con tal, solamente, de que consientas que muera por amor de Cristo."

Empero, todo fué inútil; por lo cual, no desanimado con esto Fr. Juan el Pobre, firme en el propósito de morir mártir, apartándose de Fazamburo, siguió precipitadamente en pos de sus amados hermanos, quienes, aunque conmovidos á la vista de su dulce y compasivo compañero, no tuvieron ni siquiera el consuelo de hablarle, abrazarlo y darle el último

adios, bendiciéndolo únicamente con toda su alma; porque haciéndolo prender el juez al momento por cuatro soldados, mandó que atado con cuerdas, fuese trasladado á Nagasachi, donde se le tuviese en segura custodia, hasta que él no dispusiera otra cosa. Y así se hizo, y nos faltan palabras para espresar lo que en aquel acto pasó de edificante en aquel escuadron de sentenciados, al momento de la violenta separacion del afligido y desconsolado Fr. Juan el Pobre, el cual, aunque muchas veces intentó escapar de las manos de los soldados, no pudiendo efectuarlo por la robustez y ferocidad de ellos y lo cansado y agotado de sus fuerzas, no dejaba de volver su vista á todas partes, pidiendo á voces socorro, como el pobre marinero al romper la tempestad. Y no tardó mucho en presentarse á sus ojos un rayo de esperanza, del modo siguiente:

El español Pedro Cotelo y Antonio Garcés el portugués, de quienes hemos hablado arriba, tiernísimos amigos del V. Juan, advertidos de su partida de Nagasachi y temiendo grandemente por su vida, siguieron piadosamente sus pasos, resueltos, si lo encontraban, á ocultarlo en su propia casa, y conducirlo ellos mismos á Manila al partir para Luzon. En efecto, por algun tiempo lo buscaron, recorriendo aunque inútilmente, por aquellos montes y llanuras cubiertas de hielo y de nieve, hasta que al aproximarse los mártires, salieron al camino público, esperando que allí hubiera ido á su encuentro. Y así fué, pues á poca distancia se encontraron con cuatro soldados que conducian atado y maltratado al pobre religioso, quien viendo á sus dos amigos, rogó á los soldados, que á lo menos lo dejasen ir en su compañía, y lo mismo suplicaron Pedro y Antonio, á lo que accedieron los esbirros, avisando á Fazamburo, que estaba poco distante. El gobernador, ya de lástima de las muchas penas de aquel pobrecillo, ó ya mas bien por el deseo de concluir pronto, ordenó su entrega á los dos europeos, con la condicion, sin embargo, de escoltarlo hasta la ciudad. Hízose así, y llegados á Nagasachi, despedida la guardia, lo escondieron dentro de su casa, prodigándole toda clase de socorros; mas el franciscano, aunque agradeciéndoles amorosamente sus servicios dió muestras de aquietarse, pero en verdad su corazon comenzó á palpitar mas fuertemente, porque tenia íntimamente resuelto en su interior fugarse tan luego como los mártires llegasen al lugar del suplicio, con la esperanza siempre de participar de su última

suerte, ó á lo menos asistirlos al pié de la cruz, y consumado el martirio, recojer algo, aunque fuese solamente una gota de sangre de sus amados hermanos, para conservarla como apreciable reliquia por lo restante de su vida; mas aún esta esperanza debia salirle fallida.

Y así fué en realidad, porque habiendo llegado Fazamburo á Nagasachi, sospechando que Fr. Juan el Pobre pudiese ser conducido ocultamente á Manila, dió órden de que fuese prontamente trasladado al navío donde se hallaban todavía arrestados los otros tres franciscanos, Bartolomé Ruiz, Marcelo de Ribadeneira y Agustin Rodriguez. Así se cumplió exactamente, arrancándolo á viva fuerza del lado de sus piadosos amigos Pedro Coleto y Antonio Garcés, quienes los acompañaron llorando hasta el mar. Indecible es decir los lamentos de Juan el Pobre y de sus otros tres compañeros, al escuchar como habian perdido toda esperanza de volver á ver y abrazar al menos á sus amados hermanos, próximos en una nave extranjera. Grande, por cierto, é inmenso fué el dolor de aquellos pobrecillos, que habiendo consumido casi toda su vida en diversas tierras del Asia, dando innumerables hijos á la cruz á costa de increibles sudores y sacrificios, veian entonces desaparecer ante sus ojos aquella corona por tanto tiempo deseada, como glorioso término de su apostolado de amor y caridad; corona que ya en espíritu lleno de santa envidia miraban brillar en la frente de Pedro Bautista, de Gonzalo, Martin, Francisco y demas Hermanos, hasta del jóven Felipe, que últimamente habia llegado al Japon. Manteniéndose estrechamente abrazados, con los ojos bañados de lágrimas, vueltos al lugar del suplicio, exclamaban aquellos cuatro fervorosos prisioneres: "¡Oh Dios mio! ¿por qué abandonar este campo regado con nuestros sudores, cuando juntos con nuestros hermanos debiamos fecundarlo igualmente con nuestra sangre? ¿Por qué, Señor, por qué nos negais la palma de los mártires? ¡Oh costas del Japon, no sereis vosotras nuestra tumba! ¡Oh Nagasachi, ciudad destinada á beber la sangre de los hijos de San Francisco de Asís! si nosotros tambien te predicamos la fé de Jesucristo, ¿por qué, pues, nos lanzas lejos de tí? ¡Ah! ¡si pudiesemos á lo menos recojer antes un pedazo de tu polvo empapado en la sangre de nuestros hermanos, y besar el lugar que fué testigo de la muerte de los fuertes del Señor! ¡Oh Taicosama, instrumento de los divinos designios sobre esta tierra infeliz, no solo inhumano

sino injusto, nosotros, á pesar de esto, os estamos agradecidos, porque con la sangre de nuestros hermanos habeis sellado la morada de los hijos de san Francisco en el Japon! ¡Oh hermanos nuestros, adios! ¡Adios Pedro Bautista!, Martin, Gonzalo, Felipe y Francisco! ¡Adios á todos! Ah! recibid la última palabra de despedida de vuestros cuatro afligidos hermanos, que no lloran ya vuestra muerte, sino su desventura! ¡Bendecidnos desde el cielo, donde dentro de poco entrareis, adornada la frente de esplendida y doble corona, y acordaos de nosotros ante el trono de Dios!"

¡Consolaos, gloriosos hijos de San Francisco de Asis! porque el proposito siempre firme y constante de afrontar la muerte por amor de Cristo, justamente os hace entrar en el número de aquellos invictos héroes que sellaron con su sangre la fé del Nazareno.